

SARTRE Y EL EXISTENCIALISMO

Después de unos intentos de introducción como forma social del existencialismo entre nosotros, con actitudes y gestos fuera de lugar —ya que como doctrina había sido valorada por nuestros pensadores—, ha decaído en parte el furor que suscitaba este tema cuando se ponía sobre el tapete de las discusiones. La mayoría de las veces se enfocaba, podemos decirlo bien, cinematográficamente, en lo que tienen de anécdota y curiosidad las «caves» de Montmartre o Montparnasse; con sus señadores barbudos, haraganes, invertidos, «apaches de postguerra» y vocalistas que cantan recitando.

El existencialismo no es una doctrina absolutamente moderna. El sistema Hiang-kuo chino y el «tao» de Laotsé presentan puntos comunes con la doctrina existencial al concebir la «nada» como eje central del sistema.

Es con Kierkegaard donde la doctrina toma estructura, y es Hegel el que le da contenido ideológico esencial, no obstante haber sido repudiado en un principio como antecedente del existencialismo; pero Menéndez Pelayo y Merleau Ponty han puesto de manifiesto su pensamiento acorde con este sistema al darse cuenta de los puntos comunes que existían entre su concepción de la «inquietud» y la «angustia» de la teoría existencialista y al identificar el puro ser con la pura nada, que es a donde viene a desembocar al lado anticristiano de esta postura filosófica.

Dos son los principios del existencialismo: la subjetivización de todos los valores artísticos, estéticos, virtudes, etc., y el atribuir una enorme libertad al hombre, cada uno de los cuales responsable de sus propios actos, a diferencia de la postura de Dostoiewsky —«Los hermanos Karamazoff»— que establece la responsabilidad colectiva («todos somos responsables de todo»). En cambio, en el existencialismo, prácticamente, nadie responde de nada. Así la vida del hombre está dominada por la preocupación existencial; por «la angustia», «la náusea» de Sartre; de Camus en sus principios; de Jaspers, Ponty y Heidegger, de los que se apartará a Lukács al concebir su filosofía marxista.

Concebido el destino ineludible del hombre, un ciego caminar hacia la muerte, que es la nada, lo único que importa para la realidad actual es la existencia. Frente a este modo de pensar se alza la postura católica de Gabriel Marcel; aunque no es del todo adecuado hablar de existencialismo católico, porque al católico no ha de preocuparle la angustia de la existencia presente, ya que para él la muerte no es terminar, sino comenzar la verdadera vida, la prometida por Cristo, para cuya consecución contamos con su sangre, vertida al redimirnos, y esto convierte la existencia, no en angustiosa, sino en esperanzadora —la esperanza de San Agustín que derrumba la angustia existencialista—.

Suele considerarse a Jean Paul Sartre como el capitoste de la doctrina existencial, aunque su labor es más bien literaria que estrictamente filosófica. Nació Sartre en París en 1905, estudió en su Escuela Normal, y comenzó su vida profesional enseñando Filosofía en Le Havre, pasando después al Lycée Condorcet hasta 1943, en que se dedicó de lleno a la Literatura. Sus primeros trabajos aparecen en la «Nouvelle Revue Française»: una serie de novelas cortas bajo el título de «El muro». Fué en plena guerra cuando empieza a dar forma a su teoría filosófica, que late plena en su obra «El ser y la nada», y en las piezas teatrales, «A puerta cerrada» y «Las moscas». Lo que empezó a



darle consideración intelectual fueron los tomos que publicó bajo el título de «Los caminos de la Libertad» (I.-«La edad de la razón»; II.-«El emplazamiento»; III.-«La muerte en el alma»). Si, como venimos manteniendo, no es el creador del existencialismo, hay que reconocer en su abono que a partir de este momento perfeccionó el sistema y le dió proyección intelectual y social. Sartre, sin dejar de trabajar en sus novelas, no abandonó nunca el Teatro, y, sucesivamente, fué dando a la escena «Muerte y sepultura», «La mujerzuela respetuosa», «Las manos sucias», «El diablo y Dios»; como todos los escritores modernos, no pudo resistir la tentación del cine.

Recientemente he leído dos guiones suyos publicados por Editorial Argentina: «El engranaje» y «La suerte está echada» («Les Jeux sont faits»), que fué llevada al cine bajo el título de «Cita con la muerte», película dirigida por Jean Delanoy e interpretada por Micheline Presle, Marcial Pagliero y Margarita Moreno.

Este último relato es una especie de novela-visión, desnuda de ambiente exterior, centrada sobre la vida de los dos protagonistas, Pierre y Eve, y sus andanzas al otro lado del telón de la muerte. La única diferencia que establece entre los vivos y los muertos, es que los primeros llevan una existencia activa, de prisa, como si tuvieran irremediables ganas de vivir la muerte, mientras que los segundos, que se mueven también por nuestras calles y plazas, caminan a la deriva, tristes, cohibidos, porque les falta existencia tangible.

A la puerta de las fronteras de la muerte, esperando a los que abandonan el mundo de los vivos, Sartre coloca a una matrona, que regenta una oficina auténticamente burocrática, con ficheros, archivos, reglamentos, y que dice a los que llegan:

—«Los muertos son absolutamente libres».

Al principio la novela es fría y tajante; luego va ganando, intensidad, al centrarse la acción sobre las ilusiones de los protagonistas. A pesar de los absurdos en que se apoya, hay que reconocer la tremenda originalidad del relato.

Por el artículo 140 de la Ley que rige el mundo de la negación, Eve y Pierre tienen la oportunidad de volver al mundo de la vida y continuar la existencia si cumplen la condición que se les impone: amarse durante 24 horas sin reservas ni desconfianza alguna. Pero ellos pierden esta ocasión al dedicarse a utilizar el plazo concedido en realizar y aprovecharse de los secretos, que con respecto a los existentes, descubrieron cuando estaban muertos; al morir de nuevo Pierre, a consecuencia de un atentado, se les precipita sin remisión alguna a su anterior mundo, a continuar siendo meros espectadores de los avatares de los vivientes.

El otro guión, «El engranaje», viene a ser el proceso de un tirano por el pueblo que logra sacudirse su yugo.

Es innegable el ingenio de Sartre al crear situaciones y tramas fuera de lo corriente, pero su obra posee un defecto fundamental: el de que sus personajes son completamente artificiales; carecen de vida propia y son marionetas que el autor mueve a su capricho y de acuerdo siempre con sus doctrinas.

ALFONSO VILLAGOMEZ

Puebla de Trives, 1959.